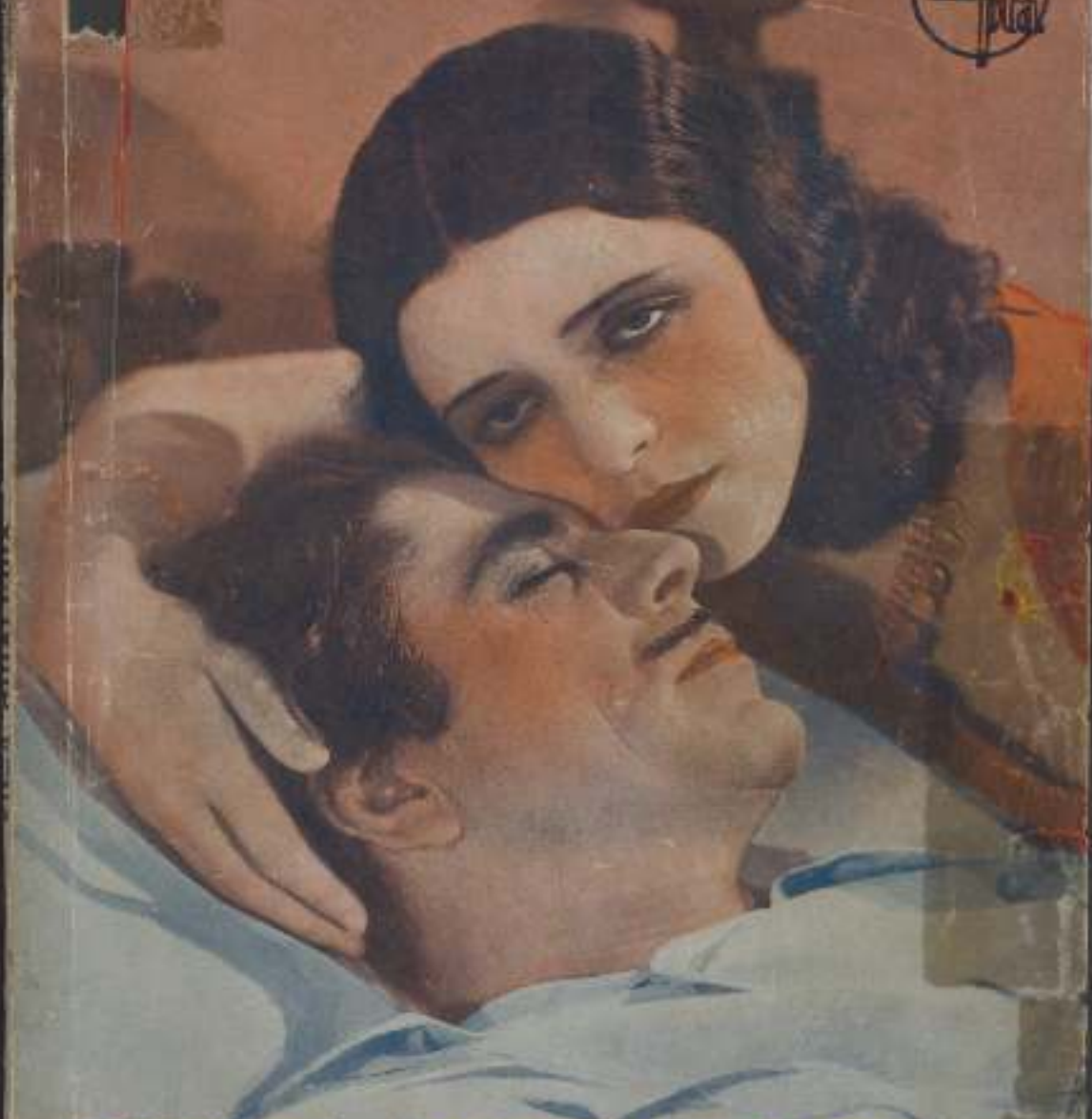


E  
L  
CHES  
AGNE



# VIEJA HIDALGUA

Antonio Moreno - Mary Duncan - Warner Baxter



VIEJA HIDALGUÍA

REVISADO POR LA CENSURA  
PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Paseo de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

## Vieja hidalguía

Maravilla cinematográfica, de intenso asunto, dirigida por  
ALFRED SANTELL

Superproducción TITAN

William FOX

Sonora

Distribuida por

HISPANO FOXFILMS, S. A. E.

Valencia, 280

BARCELONA



Argumento narrado por Ediciones Bistagne

INTERPRETES:

**Warner Baxter**

**Mary Duncan**

**Mona Maris**

**Antonio Moreno**

**etc.**

# Vieja hidalguía

## ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

### I

—Oiga, jefe. Sánchez me ha dicho que usted calculó el modo de ahorrar una milla de túnel y no la veo en el mapa.

—Yo no pongo en el mapa las cosas importantes.

—¿Pues dónde las pone?

—En la cabeza.

—¡Cosa más rara!

—Tiene su explicación. El mapa se puede perder. La cabeza es muy difícil que se pierda cuando se la sabe sujetar. ¿Dónde estarán, pues, más seguras las cosas: en el mapa o en la cabeza?

—En la cabeza, jefe. Pero para

eso hay que tener buena memoria.

—Si no la tuviera no podría haber aprendido las cosas que sé.

Esta conversación tenía lugar en una habitación cuya puerta y cuya ventana estaban abiertas de par en par.

El jefe estaba sentado junto a la ventana y tenía una guitarra en las manos. De pronto comenzó a tocar y a cantar. Tenía una voz de barítono, no muy potente, pero sí muy bien timbrada. Además, cantaba con un gusto extraordinario.

Se llamaba Pablo Warden y era



un muchacho joven y de rostro simpático y alegre. Estaba allí tendiendo una vía de ferrocarril a través de una montaña, pues era ingeniero, y muy conocido, a pesar del poco tiempo que llevaba ejerciendo su carrera.

Por eso la habitación estaba llena de pupitres, planos e instrumentos de delineante, cosas que manejaban los subordinados del ingeniero y muy raramente Pablo, el cual se limitaba a concebir y a pergeñar, dejando el trabajo insulso y mecánico de las operaciones y trazados matemáticos y correctos a los delineantes y especialmente a aquel que ahora estaba hablando con él y que era su hombre de confianza.

Por la ventana abierta se veía la campiña mejicana, bravía y selvática, ruda e irregular, y llegaban cantos de conmovedora languidez, largos y desmayados en que se mezclaban los aires dulzones y excitantes del tango argentino, del pericón y de la habanera.

Se veían los anchos sombreros de los campesinos mejicanos y pasaban los vaqueros a caballo, dan-

do muestras, sin proponérselo, de su maestría y de su intrepidez de jinetes.

Hacia calor, un calor que restaba ánimos para el trabajo. Por eso Pablo, en vez de trabajar, tocaba la guitarra y cantaba tendido en un canapé, al lado de la ventana, y por eso su ayudante se sentía más inclinado a hablar que a trabajar.

—Jefe, ¿quiere que le diga una cosa?

—Díla, hombre. Con tal de que no me insultes...

—No es insulto. Sólo quiero decirle que nadie le tomaría por un ingeniero.

—¿Por qué?

—No sé explicarle... Por el modo de ser... Otro en su lugar habría entablado relaciones íntimas con casi todas las muchachas jóvenes de la comarca. ¡Las hay tan apetitosas!...

—Te las regalo. A mí no me basta que la mujer sea apetitosa. Para que me interese necesito algo más. Haría un mal sultán. Ahora tengo la mía y con esa me basta y las demás me son indiferentes.



—¿Tiene usted una, jefe? No lo sabía.

—Lo sabes tan bien como yo, Doreen Lawrence. En Santa Bárbara, California.

—Pero esa no es suya. No es mía que su novia. Cuando se case podrá decir que le pertenece. Pero mientras...

—Me molesta precisar de ese modo matemático. Si no es mía hoy lo será dentro de un mes. ¡Vaya si lo será! ¡Como que voy a dejarla perder!... ¡Qué ojos los suyos, qué boca la suya!... ¡Y qué espiritualidad, y qué inteligencial! ¡Vaya si será para mí!

—¿Ha dicho usted dentro de un mes?

—En cuanto termine estos trabajos, me voy a Santa Bárbara y me caso...

—¡Qué locura, jefe!

—¿Por qué?

—Porque eso equivale a dejar Méjico para siempre. La señorita Doreen es americana y no querrá salir de su país, cuando menos para venir a Méjico.

—¿Quién habla de venir a Méjico? Nos quedaremos en Califor-

nia para siempre. ¿Acaso no soy yo norteamericano también?

—Eso habría que discutirlo, jefe. Su padre era norteamericano, pero su madre una Alvarez, mexicana de pura cepa. Y su abuelo, don Fernando Alvarez, vive todavía.

Al oír estas palabras el rostro de Pablo se ensombreció.

—No quiero que me hables de eso. Yo no tengo abuelo ninguno, no quiero saber nada del hombre que abandonó a su hija única porque se casó con un norteamericano. El hombre que abandonó a mi madre no puede ser nada para mí.

—Ahora ya no puedo callar, jefe. Usted va a hacer una locura yéndose de este país. Usted lleva en sus venas la sangre de su abuelo y es su único heredero legítimo.

—¿Qué me importa a mí la herencia? ¡Déjame en paz con mis canciones y vuelve a tus planos!

—A usted no le importa nada de lo que debía importarle, jefe. Ya ve usted que nada salgo ganando yo con que se quede aquí o se vaya a California. Pero su abuelo es dueño de Santa Margarita,

el rancho más rico del país, y ese rancho podía ser para usted si obrara como un hombre sensato.

Pablo acabó por enfurecerse de veras.

—¡No quiero ranchos! ¡No

quiero nada que venga de ese hombre! Ponte a trabajar y déjame en paz.

Y el ayudante se puso a trabajar y Pablo continuó tocando la guitarra y cantando.

\* \* \*

Los obreros de Pablo, y los campesinos, y todos los que andaban o vivían por allí, se conmovieron al oír el grito de alarma.

—¡Que viene "El Lobo"! ¡

"El Lobo" era el bandido más terrible de los contornos. Tenía una numerosa y bien disciplinada cuadrilla y una intrepidez y una maldad que lo arrollaba todo como lo arrolla un torrente.

En efecto, allí venía "El Lobo". Iba delante, en su ligero caballo, y todos sus secuaces le seguían.

La voz lo había dado uno de los obreros que trabajaban en la cumbre de una colina, apenas vio a "El Lobo" asomar por el horizonte, y tuvo tiempo de correr a caballo hasta la aldea para avisar

antes de que fuera demasiado tarde a sus habitantes.

Las mujeres echaron a correr hacia sus casas para poner en sitio seguro todo lo que tenía algún valor. Hasta la ropa tendida recogían. En estos casos, huían las mujeres y los niños a los ranchos vecinos, donde había municiones y materiales suficientes para hacer frente a los banditos, en tanto los hombres se atrincheraban y se disponían al combate.

Eso hicieron ahora. Las mujeres interrumpieron a los niños en sus juegos, se los echaron en brazos y salieron corriendo después de haberse apoderado también de todo cuanto había en sus casas que mereciera la pena, muy poco cier-

tamente, pues en las casas aldeanas no suele haber grandes tesoros.

Cuando la noticia llegó a oídos de Pablo, la primera preocupación de éste fué asegurar el dinero de la Compañía, y para ello mandó enaillar el caballo y ocultó los billetes en la silla.

Quedó el animal atado a la puerta de la casa y Pablo y su gente, después de hacer acopio de municiones, se reunieron con los hombres que formaban a toda prisa barricadas con troncos, piedras y todo cuanto encontraban a mano.

Rodeando el pie de una colina, apareció "El Lobo", y tras él toda su gente.

Sonaron varios disparos consecutivos de los hombres de las barricadas y "El Lobo", de un ágil salto, se apeó de su montura y fué a buscar el refugio de un peñasco. Le imitaron sus hombres al mismo tiempo que hacían funcionar sus armas de fuego y el tiroteo quedó entablado.

El fuego arreciaba cada vez más, y, aunque entre los hombres de Pablo había buenos tiradores,

el primero, que a cada disparo hacía caer a uno de los bandidos, éstos eran tan numerosos y tan decididos, tan tercios y tan astutos, que pronto comprendió Pablo que todos sus esfuerzos serían inútiles.

Por eso fué arrastrándose hasta el otro lado de la barricada, donde estaba su ayudante y le dijo:

—No podemos con ellos. Probaré a ir a Durango por auxilios. Tú te quedas aquí para dirigir a la gente.

Inmediatamente, media docena de balas pasaron silbando cerca de su cabeza y cuando, saltando todo cuanto se oponía a su paso y galopando vertiginosamente, se vió en el campo abierto, varios jinetes de la banda de "El Lobo" le seguían.

Logró abatir a uno y a otro sin dejar de galopar, pero eran muchos y en proporción a ellos las balas pasaban silbando a ras de sus oídos.

Cuando sólo quedaban dos, uno de ellos logró herir al caballo y Pablo y el animal fueron rodando por el suelo.

Los dos caemigos aprovecharon

esta circunstancia para acercarse al perseguido y dispararle a bocajarro, hiriéndolo en un hombro y en una pierna.

Inmediatamente, el revólver de Pablo funcionó dos veces consecutivas y los dos bandidos cayeron.

Entonces Pablo examinó a su caballo y vió que estaba muerto, examinó sus heridas y se dijo que le darian que hacer si es que le dejaban vivo. Al ponerse en pie, notó que las fuerzas le faltaban y extrayendo de la silla los billetes y trasladándolos a la del caballo de

uno de los bandidos muertos, montó en él y continuó su camino hacia Durango.

El hubiera querido ir muy de prisa, como iba antes, pero comprendió que esto era imposible. Para galopar no sólo hace falta que el caballo sea ligero y resistente, sino que también se requiere un caballista animoso que lo arree con voces estimulantes y lo espolee. Y esto no podía hacerlo Pablo. Bastante trabajo tenía con conservar sobre el corcel el equilibrio.



## II

El rancho de don Fernando Alvarez era, como el ayudante de Pablo había dicho, el más rico e importante del país.

Las propiedades de don Fernando se perdían de vista y en ellas trabajaban verdaderas legiones de hombres y mujeres y pacían rebaños tan numerosos que ennegrecían el suelo desde la casa hasta el montañoso horizonte.

Como don Fernando estaba ya viejo y achacoso, regía los destinos de Santa Margarita su sobrino Juan, un hombre presuntuoso y donjuanesco que tenía en el rancho unánimes antipatías.

Era joven y fuerte, pero había en él más altanería que arrogancia, y si bien es verdad que tenía una buena figura, su jactancia malograba este don de la naturaleza.

No había una sola moza en el rancho que no hubiera soñado una vez por lo menos con Juan, y aunque a ciencia cierta nada se sabía sobre esto, todo inducía a creer que Juan hacía destrozos en las almas femeninas, aprovechando sus dotes físicas y su calidad de regente de los destinos de Santa Margarita.

Otra sobrina de don Fernando, Carlota, era la novia de Juan. En el fondo, Juan no la consideraba ni más ni menos que una de sus innumerables conquistas, pues otra cosa era incapaz de sentir el corazón del seductor, pero la distinguía por dos motivos: primero, porque era una mujer extraordinariamente bella, apetecible e incitante; segundo, porque era la única que podía disputarle la herencia de

don Fernando, ya que, aparte ellos dos, no tenía el viejo ningún pariente.

Por eso había llegado con ella a concesiones que no había hecho a ninguna otra mujer y la inclinación que le demostraba era invariable y duradera, cuando menos aparentemente, cosa también inusitada en quien demostraba hoy adoración para despreciar al día siguiente y detestar al otro.

Ahora estaba ausente Carlota y Juan aprovechaba esta circunstancia para ser condescendiente—así lo pensaba él—con sus innumerables adoradoras.

Sólo una mujer del rancho ni había soñado con él ni le profesaba la menor simpatía. Esta mujer era Manuelita, una muchacha todo corazón, pero traviesa como ella sola.

Manuelita era una preciosidad. Tenía unos ojos muy rasgados y muy soñadores, pero que no se parecían en nada a esos ojos perturbadores de las mujeres fatales. El color era un matiz luminoso en el que el brillo de la plata al-

ternaba con la suave tonalidad del acero sin bruir y este fulgor aparecía como ramizado por unas pestañas largas y arqueadas que le prestaban una apacible y dulce sombra. El pelo fino y negro, peinado hacia atrás, dejaba al descubierto su frente ancha, blanquísima y virginal, y esta misma purísima blancura tenía su rostro, y su garganta, y su gracioso escote.

Su talle era fino y flexible, frágil como el de una muñeca y lleno de gracias y perfecciones como el de una escultura.

Era la mejor bailadora del rancho, y en cuanto a su voz, sólo diremos que cuando ella cantaba, los pájaros enmudecían y hasta los arroyos y el viento parecían cesar en sus murmullos para escuchar mejor aquellas inflexiones incomparables, dulcísimas como el canto de un violoncelo.

Manuelita era, en fin, la alegría del rancho. No tenía hermanos ni padres, pero todos los viejos la amaban con afecto paternal y todos los jóvenes la apreciaban y la protegían como si hermanos suyos fueran.



Desde lejos vió Juan una escena que le llamó poderosamente la atención.

Ante la casa estaban reunidos, pues era la hora del descanso, gran parte de los vaqueros y criados del rancho. Uno de ellos tenía una guitarra y los demás cantaban, en tanto Catalina y un joven vaquero bailaban en el centro del corro. Catalina era una corpulenta matrona y al lado de ella, su compañero de baile apenas se veía. Era este un vaquerillo de cuerpo esbelto y de rostro lampiño que Juan no recordaba. De pronto advirtió que el tal vaquero no era vaquero sino vaquera, pues se trataba de Manuelita, su enemiga más temible y acaso su único enemigo con falda, aunque bien es verdad que en aquel momento llevaba pantalones, por ir vestida de vaquero, capricho que no resultaba muy extraordinario en ella.

Hasta aquí nada de particular vió don Juan en la alegre fiesta con que los criados del rancho distraían sus ocios, pero he aquí que de pronto Manuelita dejó de bailar y dijo con el mismo tono con que habría dado un grito de victoria:

—Ahora, respetable público, van a ver ustedes cómo anda don Juan.

Y entre una algazara general de risas y aplausos, imitó a la perfección sus andares.

Después dijo Manuelita con el mismo tono que antes había empleado:

—Y ahora verán algo mucho más interesante, verán cómo don Juan le hace el amor a la señorita Carlota, la mujer fatal de la comarca. Yo seré don Juan...

Se detuvo mirando a su alrededor.

—Pero ¿quién hará el papel de Carlota?



De pronto, fijando sus ojos en Catalina, exclamó:

—Tú serás Carlota.

Catalina protestó:

—Yo estoy demasiado gorda.

—No importa, También lo estará la señorita Carlota cuando cumpla los noventa como tú.

—Oye, jovencita. Haz el favor de no faltar.

—Bueno, mujer, bueno. Lo dejaremos en ochenta y cinco.

Y cogiéndole una mano, comenzó a declamar con voz exageradamente cursi y melodramática:

—¡Oh, Carlota! ¡Cuánto te amo y qué guapo soy!

Al mismo tiempo, imitaba a maravilla los gestos de don Juan y el público demostraba su admiración con voces y risas.

Don Juan se fué acercando poco a poco y se apoyó en un árbol que había a dos pasos de la reunión. Algunos lo vieron y empalidecieron, al mismo tiempo que miraban el modo de escabullirse. Los que no lo lograban hacían toda clase de desafortunados gestos para advertir a Manuelita y a Catalina de la presencia de don Juan,

el cual, con una sonrisa sarcástica en los labios, contemplaba la escena pareciendo querer decir:

“¡Cómo nos vamos a reir después!”

De pronto, Manuelita estampó un frenético beso en la mano de Catalina y deslizó los labios brazo arriba depositando una serie de continuados y suavisimos besos, cuya sonoridad disminuía al mismo tiempo que la celeridad aumentaba.

Catalina comenzó a hacer gestos de colegiala ruborosa, pero de pronto, en uno de los locos movimientos de cabeza, sus ojos se tropezaron con los de don Juan y se quedó más inmóvil y más fría que una estatua de mármol.

Esta falta de movilidad desagradó a Manuelita.

—¡Pues vaya un modo de escuchar las dulces palabras del hombre al que se ama! ¡Pero qué poca lacha tienes, Catalina!... Cuando los besos pasen del antebrazo tú has de estremecerte. Mira, así.

Y se estremeció como si le hubieran hecho cosquillas en la nuca.

Muy grande fué su extrañeza al

ver, no sólo que Catalina en vez de hacerle caso estaba más seria que un huso, sino que el mismo gesto de impavidez y seriedad se reflejaba en los rostros de los espectadores.

Advirtió también que todos los ojos se fijaban en el árbol que estaba detrás de ella y hacia él volvió la vista, intrigada.

Al ver a Juan, se puso en pie rápidamente y no pudo reprimir un gesto de temor y desconcierto, de sorpresa y de contrariedad.

Juan se dirigió a ella lentamente y sin dejar de mirarla con fijeza ni de sonreír con sarcasmo.

—¡Muy bonito!—exclamó irónicamente al mismo tiempo que se detenía ante ella.

Manuelita, pasado el primer instante de estupor, correspondió a la mirada amenazadora con otra de retó y entonces ocurrió algo que produjo la indignación general aunque nadie lo demostró.

Juan levantó su mano y la dejó caer sobre el rostro de Manuelita. Ella se llevó la mano a la mejilla con un gesto de rabia y de do-

lor y le miró echando fuego por los ojos.

—¡Vete a tu cuarto!—ordenó él despóticamente.

Manuelita le estuvo mirando todavía un momento y exclamó:

—No quiero. Tú no eres nadie para mandarme. Yo sólo tengo que obedecer al dueño de esta casa.

No podía haberle dicho cosa peor. Nada exasperaba tanto a Juan como que se dudara de sus derechos en el rancho. Sin duda hubiera repetido la hazaña de abofetear a una mujer, pero Manuelita, antes de que pudiera hacerlo, ya había echado a correr al mismo tiempo que decía:

—¡Vaya un hombre que le pega a las mujeres! ¡Cobarde!

Corrieron los dos, pero Manuelita era mucho más ligera que Juan y se permitió incluso detenerse junto a la piscina para arrojarle agua con la mano y volverle a dedicar algunas palabras que no eran precisamente de cariño.

—¡En cuanto te coja, nos vamos a reír de veras!—gritaba ira-

cundo Juan, al mismo tiempo que se secaba el rostro con la mano.

—¡Como que vas a cogermel  
¡Anda, cobardón! A ver quién se cansa antes.

Se quitó la chaquetilla y se la arrojó al rostro para incitarle más, y echó a correr hacia el valle.

En seguida comprendió Juan que no podría alcanzarla y ya iba a desistir del empeño cuando tropezó y cayó cuan largo era.

Desde lejos oyó la risa burlona de Manuelita. Al levantarse se vió rodeado por toda la gente del rancho. Vió el cielo abierto. Con ellos desahogaría su furia.

—¡A trabajar todo el mundo!  
¡Sompos! ¡Haraganes! ¡Todo el mundo al trabajo!

Y les seguía, haciendo desaforados gestos, como si ahuyentara a un rebaño.

## III

Se acercó a beber al arroyo cuando vió que lo mismo hacia un caballo que se había desviado del camino. Le sorprendió la actitud del que lo montaba. Iba tan inclinado hacia adelante, que la cabeza casi le tocaba en la crin del caballo. Estaría borracho: este fue el primer pensamiento de Manuelita.

—¡Eh, caballero! Cuando se está así es conveniente ir a pie. Resulta peligroso *dormirlas* sobre el caballo.

El movimiento que hizo el animal para acercar la boca al arroyo, puso la estabilidad del jinete en peligro, por lo que Manuelita se acercó a sujetarle.

Entonces vió que sus ropas estaban empapadas de sangre y comprendió que no se trataba de un borracho sino de un herido.

Se aprestó a auxiliarle. Vió con satisfacción que tenía aún fuerzas para balbucir unas palabras de gratitud y advirtió que el herido era un hombre joven y bien parecido, a pesar de la mortal palidez que cubría su rostro.

En seguida tomó la determinación más adecuada y montando ágilmente a la grupa del caballo, rodeó con los brazos el cuerpo del herido y cogió las riendas.

El joven se desvaneció en este preciso instante y su cabeza cayó sobre el pecho de Manuelita.



\*\*\*

Comenzó a dar voces apenas traspuso la valla del rancho y requirió la ayuda de los vaqueros que acudieron a sus llamadas, para bajar del caballo al herido.

Cien preguntas oyó Manuelita al mismo tiempo.

—¿Quién es?

—¿Dónde lo encontraste?

—¿Cómo lo han herido?

Y Manuelita explicó todo lo que sabía, que por cierto era bien poco.

Lo echaron en el suelo para examinarle sus heridas, y en este momento dos brazos se abrieron paso en el corro y apareció el rostro de Juan.

—¿Quién es este hombre?

—El pobre está herido—contestó Manuelita—. Me lo encontré sobre ese caballo, junto al arroyo.

Algo vió Juan en la silla del caballo que le llamó la atención. Así solían ser las sillas que usaban los de la famosa cuadrilla del Lobo. Se acercó al animal y su mano, en

un movimiento de perversa curiosidad, se introdujo en la bolsa de cuero que había a un lado de la silla. Volvió al punto al lado de Manuelita, llevando en la mano un fajo de billetes.

—Tu pobre hombre es un bandido. Mira lo que he encontrado en las alforjas.

—¿Este hombre no puede ser un malhechor?—replicó Manuelita enérgicamente—. Basta verle la cara.

—Por la cara parecerá lo que quiera, pero es lo cierto que pertenece a la cuadrilla del Lobo.

—¿Mentira!

—¿Mucho ojo con lo que dice, porque ahora se tengo a mano!

Y ordenó dirigiéndose a los hombres:

—Llévenlo al corral y mañana veremos qué hacemos de él.

Los vaqueros se dispusieron a obedecer, pero Manuelita se interpuso.

—¿No toquen a este hombre!

—Hagan lo que he dicho—bramó Juan—. Aquí no manda nadie más que yo.

—Todavía no, sobrino. Aun soy el dueño de Santa Margarita.

Todos se volvieron y vieron a don Fernando Alvarez montado en su caballo alazán. A pesar de sus blancos cabellos y de su canoso bigote, se veía en él al hombre fuerte y enérgico que había sabido amasar una fortuna y llegar a la cima de los poderosos.

A su lado, en pie junto a la cabeza del caballo, había un sacerdote, confesor y gran amigo de don Fernando.

—Tío—dijo Juan en son de disculpa—, Manuelita ha traído un bandido a casa y daba las órdenes oportunas para prevenimos contra él.

Se apeó del caballo don Fernando y se acercó al herido.

Visible alteración experimentó su rostro al verle. Con voz extraña y expresión más extraña todavía, dijo encarándose con Juan:

—No es ningún bandido.

Después ordenó a sus hombres:

—Llévenlo al cuarto de doña Carmelita y avisco en seguida al médico.

Y ya se lo llevaban los hombres, cuando añadió don Fernando, dirigiéndose al cura:

—Cuide de que le asistan con toda clase de cuidados, padre. Es preciso que no muera.

—Perdóneme, tío—dijo Juan que había presenciado con creciente curiosidad la escena—, pero quisiera saber por qué se preocupa tanto de ese desconocido.

—Para mí no es un desconocido—repuso don Fernando—. Es mi nieto.

## IV

—Eres indigno de regir Santa Margarita. No puede ser un caballero quien le pega a una mujer.

Juan estaba sentado en el borde de una mesa del salón con uno de sus gestos llenos de presunción y de indolencia, en tanto se golpeaba las espaldas con la varita de montar.

Comprendió que no podría hallar disculpa para la acusación de su tío y decidió callar.

Don Fernando, que se paseaba por la estancia, se detuvo ante él.

—Además, cometes faltas de respeto como esta de permanecer sentado mientras yo estoy de pie.

Juan se levantó instantáneamente y fué a formular una disculpa, pero don Fernando lo detuvo con un gesto.

—No olvides que Santa Mar-

garita y nuestras tradiciones tienen cuatrocientos años y tú apenas has pasado de los treinta.

Juan no pudo reprimir una exclamación de protesta que desde un principio pugnaba por surgir a sus labios.

—Usted no es el mismo para mí desde que en esta casa está Pablo Warden.

Había subrayado con perversa intención el apellido norteamericano, y don Fernando replicó instantáneamente:

—Pablo Warden y Alvarez. Además es mi nieto, el hijo de mi hija y eso bastaría para justificar la actitud que tú imprudentemente me echas en cara.

Aquí comenzó, entre tío y sobrino, una rivalidad que amenazaba tener fatales consecuencias.





Al despertar, mejor dicho, al salir de aquel mar de brumas en que se hallaba, Pablo experimentó la sensación de hallarse en un mundo de pesadilla. Las cosas eran vagas y variaban de forma continuamente. Además se mostraban a sus ojos como envueltas en un velo.

Incluso de sí mismo tenía una conciencia tan vaga que no habría podido precisar quién fue ni qué hizo antes de aquel momento.

De pronto, algo muy dulce y muy acariciador llenó sus sentidos. Era una música, un canto, una voz de mujer.

Volvió lentamente la cabeza hacia el punto donde le parecía que brotaba aquel canto y creyó ver junto a la ventana una figura de mujer de cabellos negros y brillantes.

¿Era realmente una mujer aque-  
lla que veía?

Era una forma suave, de con-

tornos imprecisos, en la que destacaban algo así como una doble fila de perlas y, un poco más arriba, dos espejeantes remansos, dos ojos claros y profundos, protegidos por las cortinas de unas pestañas muy largas y rizadas.

La forma fué precisándose y precisándose y vió al fin que era realmente una mujer, una mujer bellísima que no le era desconocida, pero que no recordaba cuándo ni en qué circunstancias la había visto. Tenía la cabeza apoyada en el quicio de la ventana y estaba sentada, con las piernas recogidas sobre el asiento, en un canapé. Ahora veía claramente la doble fila de perlas asomando por los encendidos labios que se movían sin cesar, y los misteriosos remansos de los ojos, y la frente despejada y blanca, y los cabellos negros, y la garganta de mármol y de rosa. Iba vestida con ropas modestas, de faena, y en estas ropas predomi-

naba el color blanco. Por eso en un principio, al verla, había creído que se trataba de una forma etérea, sin contornos precisos.

Al mismo tiempo que hacía estas consideraciones, el canto dulcísimo seguía como un plañido de ángeles y advirtió entonces que la muchacha estaba cantando y que se acompañaba pausadamente con una guitarra. Era un canto tan dulce, tan sentido, tan conmovedor, que Pablo sintió como si fustigara su decaído espíritu.

Pero ¿quién era aquella muchacha?... ¿Dónde la había visto?...

Algo semejante a un destello pasó de pronto por su mente y le pareció verse de nuevo a lomos de un caballo y rodeado por las suaves cadenas de unos brazos femeninos. Pero el destello pasó como un rayo y en su memoria volvió a hacerse la noche de la inconsciencia. Quedó otra vez sumido en un abismo de brumas sin que tuviera de lo exterior más conocimiento que aquella canción conmovedora y dulcísima que le mecía suavemente. La voz era grave y delicada

como la modulación de un violoncelo y las palabras decían amor.

Volvió a pasear por la estancia una mirada investigadora y le llamó la atención el retrato de una mujer que presidía el testero que estaba a los pies de la cama. También conocía aquel rostro, también lo recordaba de algo, pero también fueron inútiles los esfuerzos que hizo para precisar a quién pertenecía.

De súbito, el canto cesó y como si en su alma se hubiera apagado la luz de la vida cayó en lo más hondo del abismo de sombras que le separaba de la vida real.

Un nombre brotó inconscientemente de sus labios.

—¡Doreen, Doreen!

Y casi al punto sintió que unas manos de terciopelo le acariciaban la frente y que la misma voz embriagadora que antes cantaba le decía:

—No se excite, señor. Si tiene paciencia, dentro de dos días estará bien.

Se volvió. Se quedó mirando a la enfermera de manos de terciopelo y de voz dulcísima.

—¿Quién eres tú? ¿Por qué estoy aquí?

—Soy Manuelita, señor. Estoy aquí para cuidarle.

—¿Eres tú quien cantabas?

—Sí, señor. Yo era.

—¿Y quién eres tú?

—Ya se lo he dicho: Manuelita.

—No te conozco... no conozco a nadie ni a nada de lo que veo.

Al decir esto, sus ojos se habían deslizado inconscientemente hasta el retrato que pendía en el testero de enfrente.

—¿Quién es aquella mujer?

—Es su madre, señorito Pablo.

Fué tan grande su impresión que se incorporó convulsivamente.

Las manos de Manuelita se apoyaron en sus hombros y le obligaron a acostarse de nuevo.

—¿Dónde estoy?—preguntó furiosamente.

—Está usted en Santa Margrita, en la habitación que siempre fué de su madre... Don Fernando, su abuelo, está muy interesado por usted y viene con frecuencia a verle.

—¡No quiero estar aquí!—vo-

ciferó Pablo— ¡Que me saquen de aquí en seguida! ¿Quién me ha traído a esta casa?

—Lo traje yo, señorito Pablo—repuso Manuelita en son de disculpa—. No sabía quién era usted y lo encontré herido junto al arroyo.

La luz se hizo de pronto en el pensamiento de Pablo. Aquella era la muchacha que subió a la grupa de su caballo y que le había hecho apoyar la cabeza en su pecho.

—¡Hay que ir en auxilio de mis hombres! ¡"El Lobo" les ataca!

—No se preocupe de eso, señor. Ya vino otro mensajero y don Fernando envió en seguida una ayuda tan numerosa que no quedó un solo hombre de la cuadrilla del Lobo... De eso hace ya diez días.

—¿Diez días?

—Sí, señor, ese tiempo hace que le encontré junto al arroyo y le traje a Santa Margrita.

—¡Sácame de esta casa! ¡No quiero nada de ella! ¡No quiero nada de mi abuelo!

—No diga eso, señor. Don Fer-

nando ha cambiado mucho. Ha seguido con verdadero anhelo el curso de su enfermedad y se siente feliz desde que sabe que está mejor.

Pablo reanudó las furiosas protestas, pero sucedió algo que le tranquilizó repentinamente.

Las manos suavísimas de Manuelita le acariciaban la frente. Su voz se había hecho más dulce para decir:

—Perdóneme si le he hecho algún mal, pero tranquilícese ahora. Tan bien como estaba y vuelve a tener febre... Duérmase. Yo le cantaré para que se duerma.

Y de nuevo se sentó a la ventana y otra vez el alma de Pablo se sintió mecida en los ritmos dulcísimos de la canción de amor.

Así fué cómo, poco a poco, cayó en la paz confortadora de un sueño tranquilo.



## V

—Su nieto está ya casi bien—  
dijo el cura a don Fernando—  
...pero estoy preocupado por usted.

—De mí no hay por qué preocuparse. He encontrado lo que vanamente buscaba desde hacía mucho tiempo. Jamás he sentido tan plenamente el gozo de vivir.

—Sin duda se refiere usted a su nieto.

—Sí, padre. Me refiero a Pablo. Es todo un hombre. Es digno de llevar mi misma sangre.

—Pero es tan hombre, don Fernando, que dudo de su brazo a torcer. No parece dispuesto a olvidar que usted rompió con su madre sólo porque hizo un matrimonio que no era de su gusto.

—En efecto, fui demasiado duro, pero haré todo lo necesario para que mi nieto lo olvide.

Don Fernando, que estaba sentado en un sillón cerca de la chimenea, tenía que hacer un gran esfuerzo para hablar, a pesar de que aseguraba que no había motivo para preocuparse de él.

Jamás le vió el confesor y amigo tan decaído como entonces. Era como si aquel cuerpo hubiera permanecido firme en un esfuerzo desesperado de voluntad por el empeño de encontrar lo que buscaba, y ahora que lo había encontrado diera por terminada su misión.

Tenía razón el sacerdote al preocuparse de él más que del herido.

\* \* \*

Cuando Manuelita entró en el cuarto del señorito Pablo, quedó muy asombrada al verle levantado y haciendo esfuerzos por afeitarse ante el espejo.

—¿Por qué se ha levantado usted? ¿Es que se ha empeñado en atrasar todo lo que ha adelantado?

—Ya estoy bien, Manuelita. Te aseguro que nunca me he sentido tan fuerte como ahora.

—No, señor. No está usted bien todavía, ni mucho menos. ¡Si hay que ver la cara que tiene!

—Eso es porque no estoy afeitado. Cuando me afeite verás qué diferencia.

Como precisamente el hombro herido era el derecho le costaba gran trabajo mover aquella mano y cada vez que pasaba la navaja a ras de la piel ponía su físico en peligro.

—¡Pero si ni siquiera puede usted con la navaja!

—Tú no entiendes de eso, Ma-

nuelita. ¿Acaso te has afeitado alguna vez?... Anda, saca mi ropa de donde la hayas escondido.

—No la he escondido, señor; se lo aseguro.

—¿Pues qué has hecho de ella?

—La he tirado.

—¡Caramba! ¿Y quién eres tú para tirar una cosa que no te pertenece?

—Estaba hecha jirones, don Pablo, y no había medio de componerla. Por eso me permití tirarla.

—Perfectamente. Pues como fuiste tú la que la tiraste sin consultármelo y no puedo salir a la calle con esta bata casera, compóntelas para proporcionarme un traje.

—¿De dónde quiere usted que lo saque?

—Es verdad. Tendré que irme como estoy.

—Usted lo que debe hacer es volverse a acostar. Si quiere, más tarde le llevaré a dar un paseo.

—En mí no manda nadie más que yo, Manuelita. Ni tú siquiera, que tan buena has sido conmigo. O me trae el traje en seguida o me marcharé con estas ropas.

Manuelita tuvo que recurrir a otros procedimientos.

Salió de la habitación y se fue en busca de don Fernando, el cual continuaba hablando con el sacerdote.

Le contó con mucha agitación lo que sucedía.

Y entonces vió que don Fernando, en vez de disgustarse, exclamaba con satisfacción:

—Es un verdadero Alvarez. Tan débil que apenas puede levantarse y se quiere marchar... Búscale las ropas que pide y dile que quiero verle cuando esté vestido.

Segundos después volvía a entrar Manuelita en el cuarto de Pablo con un traje completo.

Vió que el convaleciente continuaba afeitándose o pretendiendo afeitarse el mismo lado de la cara y que apenas había avanzado dos centímetros.

Al verla lanzó un suspiro.

—Oye, Manuelita, ¿has afeitado alguna vez a un hombre?

—Nunca, pero si le parece probaré.

Pablo se encogió de hombros con un gesto de resignación. Si no era así no podría afeitarse.

Entregó la navaja a Manuelita, se sentó en una silla y levantó la cabeza con la misma expresión que si entregara el cuello al verdugo.

Sin duda se puso a rezar mentalmente, y cada vez que la navaja se deslizaba por su rostro una especie de helado soplo recorría sus espaldas.

Por fin oyó decir a Manuelita:

—Ya está.

Y le pareció como si estas palabras fueran un revuelo de campanas en sábado de Gloria.

Cogió los pantalones y se dispuso a ponérselos, pero se detuvo ante la idea de que Manuelita estaba delante.

Felizmente echó de menos los zapatos.

—¿Dónde están los zapatos?

—Me olvidé de traérselos.

—Entonces ve por ellos, pues una de las cosas que no he apren-



dido todavía a hacer es andar descalzo.

Y mientras Manuelita fue por los zapatos, se puso él los pantalones.

El resto de la indumentaria se lo puso ayudado por Manuelita, la cual no desperdició enretanto ocasión de instarle a que se le quitara "aquellas tonterías de la cabeza" y se quedara en Santa Margarita.

Cuando estuvo vestido tendió la

mano a Manuelita y le dijo al mismo tiempo que se la estrechaba con efusión:

—Has sido para mí como una madrecita y no lo olvidaré jamás. Feliz el hombre que se case contigo.

—No se despida todavía, don Pablo. Don Fernando quiere hablar con usted.

Pablo se encogió de hombros y se dejó conducir por Manuelita a donde estaba don Fernando.

## VI

Pablo se detuvo ante el sillón que ocupaba el abuelo.

—Es justo—dijo con fría cortesía—que le dé las gracias por una hospitalidad que no busqué y unos cuidados que no pedi.

Don Fernando se le quedó mirando fijamente y contestó:

—Pablo, olvidemos nuestro falso orgullo. La recilla de un viejo no debe amargar tu vida como ha amargado la mía. Quise que mi hija se casara con un médico, me desobedeció uniéndose a un extranjero y esto fué lo suficiente para que rompiera con ella, haciéndola desgraciada y haciendo de mi vida un martirio. Ha sido una dura lección que los dos debemos aprovechar. Seamos indulgentes, per-

donémos. Con nuestro ciego orgullo no nos procuramos sino nuestra desgracia.

Había en el tono de su voz una suavidad que no pudo menos de conmover a Pablo. Sólo un hombre de corazón podía hablar así y sólo un hombre de corazón le podía comprender.

Después hizo el abuelo al nieto un relato de toda su vida desde que se separara del ser a quien más había querido en el mundo, de aquella hija tan dulce y tan buena y que acaso por tener demasiado corazón no supo dominarlo con su voluntad. ¡Cuántas veces había llorado aquella separación y cuántas veces estuvo tentado a llamarla a su lado! Viejo y todo tuvo

que continuar al frente de Santa Margarita, porque para eso hacía falta un hombre de veras que no podía encontrar. Ahora creía haberlo encontrado. Ese hombre era él, Pablo, y no le extrañaba que fuera, porque llevaba su misma sangre, la sangre de los Alvarez.

—Olvida, Pablo, y así podré morir feliz al ver Santa Margarita en manos de un hombre.

No, no hablaba así un hombre

que no tuviera un corazón bondadoso.

El abuelo había cogido las manos de Pablo y las estrechaba fuertemente. Por toda respuesta, Pablo se arrojó en sus brazos.

La escena fué interrumpida por la aparición de Juan. El abuelo los presentó y Pablo pudo advertir en seguida la poca simpatía que le profesaba el sobrino de su abuelo.

• • •

Por la noche se preparaba una gran fiesta organizada por don Fernando Alvarez.

Pablo recordó por este motivo ciertos relatos que le hacía su madre cuando era niño.

—Abuelo, mi madre me contaba que usted daba fiestas maravillosas y que usted por este motivo era famoso en toda la comarca.

—Eso era cuando tu madre estaba conmigo y no me faltaba nada para considerarme feliz. Después no ha habido fiestas en esta casa hasta ahora, porque ahora

vuelvo a vislumbrar la felicidad.

Después le hizo una delicada confidencia.

—Te guardaba una sorpresa. Carlota, mi sobrina y ahijada, ha venido de la capital y estoy seguro de que ha de gustarte. No creas que pretendo casarte con ella. Desde lo que pasó con tu madre, me prometí no volverme a meter en estos asuntos. Tú eres libre de hacer sobre este particular lo que te venga en gana, pero... la verdad, me agradaría que Carlota te pareciera bien.

Instantáneamente, pensó Pablo en Doreen, a quien había dado palabra de casamiento, pero nada dijo. El abuelo le había pedido que lo hiciera feliz en los últimos días de su vida y el había aceptado la delicada comisión. Era preciso, pues, no hacer nada que pudiera disgustarle. Daría largas al asunto.

Ya vería el modo de arreglar las cosas de forma que nadie saliera perjudicado.

Y contestó:

—Cuando tú dices, abuelo, que es seguro que ha de gustarme, me gustará. Tú siempre tuviste mucho tino para juzgar la belleza de la mujer.

\*\*\*

Era la hora de la fiesta.

Ya se oía el gran bullicio en el jardín y Carlota en su cuarto se arreglaba.

De pronto se abrió la puerta y entró Juan.

Un abrazo y un largo beso demostró qué clase de relaciones eran las que mediaban entre Carlota y Juan.

Carlota era hermosa, muy hermosa, pero sus ojos no eran claros y tranquilos como los de Manuelita, sino oscuros y turbadores. Por ellos se veían pasar centelleos de pasiones malsanas. Aunque su cuerpo se estremeció al sentirse abrazada y besada con un estremecimiento de sensualidad, algo

vió Juan en ella que le movió a decir:

—¿Por qué no me besas tú como me has besado otras veces?

—Temo que nos sorprendan—repuso Carlota con evidente falta de convicción.

—Esos temores son nuevos en ti. Las experiencias de otras veces hablan en contra de ellos.

Ella esquivó la mirada interrogadora de Juan fingiendo que volvía a abstraerse en el arreglo de su tocado y poco después preguntó como al azar:

—Creo que hay en el rancho un nuevo personaje: el nieto de don Fernando.

Tras una pausa, Juan contestó:



—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

Y Carlota vió que la miraba fijamente, amenazadoramente, a través del espejo.

—Por pura curiosidad—contestó—. Me han dicho que don Fernando le quiere mucho y que le ha hecho dueño de Santa Margarita.

Entonces Juan la cogió de un brazo, la obligó a volverse y la miró con ojos llameantes de amenazas.

—Antes que suceda eso, le mataré. Y antes de que pudiera arrebatarme a la mujer que quiero para mí le mataría del mismo modo. Ten esto bien presente.

Le había clavado las uñas en el brazo y era tan terrible su mirada y demostraba su voz un propósito tan firme, que Carlota se estremeció.

Para defenderse utilizó la única arma de que disponía como mujer y le echó los brazos al cuello y depositó sobre los de él sus entreabiertos labios en uno de aquellos besos enloquecedores que Juan recordaba de otras entrevistas en la soledad de aquella misma habitación.

—Solo te quiero a ti.

Juan, vencido, le rodeó el talle y estrechó más aún aquel abrazo voraz.

En este momento abrió la puerta Manuelita y se detuvo en el umbral, petrificada por la sorpresa.

Carlota y Juan se separaron instantáneamente.

—¿Ves?—dijo Carlota en voz baja—. Ha sucedido lo que yo me temía.

Carlota se dirigió hacia Manuelita mirándola hoscamente.

—¿A qué has venido aquí?

—Entré casualmente...

—Vete de aquí, espía. En castigo, no asistirás esta noche a la fiesta.

—Tú no eres nadie para prohibirme.

La hizo salir Carlota de un empujón y cerró la puerta, y Juan pensó que estaba visto que contra aquella muchacha no se podía.

El incidente fué causa de que quedara cortada la entrevista.

—Vete, Juan—dijo Carlota—. Se hace tarde y esa muchacha ha visto más de la cuenta.



—... Probaré a ir a Durango por auxilios.



—... ¡Cuánto te amo y qué gaucho soy!



—¿Cómo le han herido?



—Eres indigno de regir Santa Margalida.





—No se excita, señor.



El resto de la indumentaria se la puso ayudada por Menzella.



—Pablo, olvidemos nuestro falso orgullo.



De pronto se abrió la puerta y entró Juan.



—Temo que me sorprendas.



Le faltó el tiempo al abuelo para presentárselo.



--Amor, madreçita.



--En la canción de los vaqueros.





—Ha muerto don Fernando—dijo Pablo.



—Será mejor que le tolite sin rodaje.



— « recordando aquella canción que Pablo no podría olvidar nunca.



— « Yo también te he querido siempre.



Cuando salió Pablo al jardín acompañado de su abuelo, ya estaba la gente del rancho reunida en torno a la orquesta. Se bailaba, se reía, se bebía y en todo el jardín se notaba un grato olorillo de carne asada.

Era que en un extremo del huerto algunos vaqueros asaban unas reses por el sencillo sistema de atravesarlo con una estaca y colocarlo sobre las llamas de una hoguera.

De pronto vió Pablo algo que le llamó poderosamente la atención.

Acababa de aparecer Manuelita en el jardín, pero no era la Manuelita de siempre, modesta y sencillamente vestida, sino una verdadera dama, elegante, deslumbradora y enojada.

En seguida formó un corro a su alrededor la juventud masculina del rancho, felicitándola y adorándola como se adora a una virgen.

Ella tuvo para todos una frase cordial.

—¡Viva Manuelita! — gritó uno.

Y la respuesta fué unánime.

Embelesado estaba Pablo en la contemplación de aquella transfigurada Manuelita, cuando oyó que le decía su abuelo:

—Esa chiquilla es el mismo demonio.

—Vestida así parece una dama de verdad.

—Como que lo es—repuso el abuelo—. Su padre era un rico ranchero de la comarca y descendiente de una noble familia.

—No sabía...—balbuceó Pablo cuyo asombro era cada vez mayor.

—Pues sí. Es de familia noble. Cuando su padre murió después de haberlo perdido todo, yo que la había visto nacer me la traje a casa. Muchas veces he querido mandarla a un colegio, pero ella se ha negado. Prefiere estar aquí, entre estas gentes que la idolatran. Realmente me hace grandes servicios. Cuando quiero que los hom-

bres realicen alguna tarea difícil o pesada, no tengo más que decirselo a Manuelita. Ella se las arregla de modo que lo hacen con gusto y a la perfección.

Apareció un nuevo elemento de la fiesta: Carlota.

Le faltó el tiempo al abuelo para presentarlos y a Carlota para hacer consideraciones sobre la buena presencia de Pablo.

Bailaron un baile y otro. Carlota parecía dispuesta a no soltar a Pablo en toda la noche. Sin duda había influido en esta determinación el comprobar que don Fernando distinguía a su nieto tanto como le habían asegurado.

Estos hechos causaron en Juan la consiguiente indignación, por lo que aquella noche más de una moza del rancho salió malparada al recordarle que el día anterior le había prometido reservarle un baile.

Y las mozas se marchaban desilusionadas ante la negativa del ídolo y éste se quedaba solo, presenciando su propio derrumbamiento.

Paseaban Carlota y Pablo del

brazo, cuando se oyó en el jardín el comienzo de una canción que inmobilizó al convaleciente, como si una descarga eléctrica hubiera cruzado de súbito su cuerpo.

Se había hecho de pronto un gran silencio en el jardín y Pablo se volvió y vió sobre el tablado la figura de Manuelita.

Cantaba, cantaba la misma canción que le despertó por primera vez a la realidad después de su inconsciencia de dos semanas. La voz dulcísima de Manuelita, voz de oro puro, se extendía por el jardín tendiendo sobre todas las cosas algo así como un velo de emoción.

Todos los ojos estaban pendientes de aquella figura y todos los oídos de aquella voz celeste. Parecía como si de súbito todos hubieran quedado hipnotizados por los ojos claros, tranquilos, profundos de Manuelita.

Si dulce le había parecido aquella canción a Pablo cuando se hallaba aún en los umbrales de la inconsciencia, mucho más dulce le pareció ahora que ya su corazón había recobrado toda su capacidad



sensitiva y que en vez de hallarse en un lecho de enfermo se hallaba en un jardín donde había perfumes y puras palpitaciones de naturaleza, y donde se respiraba la amplitud del campo y del cielo despejado y estival.

Poco a poco, fué acercándose Pablo, y con él Carlota, al tablado levantado en medio del jardín sobre el que cantaba Manuelita y allí, muy cerca del improvisado escenario, estuvo escuchando las maravillosas modulaciones y examinando los fulgores limpios, como de luz de sol y de agua clara, de

aquellos ojos que recordaría siempre como recordaría la dulcísima canción.

A partir de entonces, Pablo estuvo absorto y distraído. En vano se esforzaba Carlota por animarle.

—¿En qué piensa, Pablo? Está usted pensativo.

—Pienso en la canción de Manuelita. Fué lo primero que oí cuando recobré el conocimiento en Santa Margarita.

—Entonces, siento no haber sido yo quien la cantara.

VII

Una idea se había fijado en la mente del viejo.

—Padre—comunicó a su confesor—. He estado vigilando a Juan y pienso enviarlo con Pablo a Durango.

—Don Fernando, la idea no me parece acertada. ¿Han de ir los dos solos?

—Completamente solos y de noche.

—Es una locura. Juan detesta a Pablo, y...

—Por eso y sólo por eso les envío a Durango.

—No comprendo.

—Conviene desenmascarar a los enemigos.

Al día siguiente, al atardecer, el abuelo requirió la presencia de Pablo y le dijo:

—Prepara tu caballo. Irás a Durango con Juan. El camino es duro, bien lo sabes. Hay que estar muy alerta... Y en caso de ataque, dispara a matar.

—Te comprendo—repuso Pablo.

Después llamó a Juan y le hizo las mismas advertencias.

Cuando la noche había cerrado, los viajeros se dispusieron a emprender el camino.

A la puerta del rancho, estaban todos los habitantes de Santa Margarita para despedirlos.

Carlota fue la primera en estrechar la mano de Pablo.

—Le deseo mucha suerte... y que vuelva pronto.

Pablo correspondió con una galantería.

Manuelita fué la última en despedirse de Pablo.

Pablo le dijo:

—Adiós, madrequita.

Y ella contestó casi con lágrimas en los ojos:

—Rezaré por que vuelva sano y salvo.

Finalmente, les dijo el abuelo:

—A los dos os encomiendo a Dios.

Y ambos subieron al caballo.

—Tú que conoces mejor el camino—dijo Pablo—ve delante.

Obedeció Juan y caballos y caballeros se perdieron en la noche.

\*\*\*

Como el camino era largo, a media noche decidieron acampar para dormir hasta la madrugada.

La luna, en cuarto creciente, iluminaba débilmente la campiña. Todo estaba en silencio y sólo de vez en cuando lo turbaba el vuelo de algún pájaro de la noche o el silbido de algún reptil.

Los dos parecían dormidos; pero, de pronto, la cabeza de Juan se levantó.

Escudriñaron sus ojos la forma imprecisa y oscura de Pablo. Después cogió una piedra y la arrojó cerca de él. Al mismo tiempo se volvió a acostar pero sin cesar de mirar a Pablo.

A pesar de que la piedra llegó

hasta su mismo pecho, Pablo no se movió. Y entonces Juan volvió a incorporarse. Pablo estaba dormido y bien dormido.

Se levantó y de puntillas, con el cuchillo desenvainado, se acercó a Pablo.

Difícilmente se le escaparía. Pablo estaba echado del lado derecho y le ofrecía el corazón.

Para disimular él se haría algunos rasguños en la cara y algún corte superficial en el cuerpo. Cuando llegara a Santa Margarita, contaría un cuento de bandidos.

Se acercó, levantó el puñal. Pero de pronto, la mano de Pablo se movió y sonó un disparo.

Juan arrojó el puñal y se dio a la fuga mientras Pablo se levantaba y corría tras él sin cesar de disparar el revólver.

No pudo darle alcance ni saber si le había herido o no. Juan conocía bien aquellos parajes y desapareció rápidamente en la espesura.

Comprendió Pablo que su viaje a Durango no tenía ya objeto y emprendió el regreso a Santa Margarita, pensando que si Juan, en vez de usar el puñal, hubiera empleado el revólver, de nada le habría valido la estratagema de hacerse el dormido.

\*\*\*

La primera persona que vió en el rancho fué Manuelita.

La muchacha se emocionó visiblemente.

—¿Te alegras de verme?—preguntó Pablo con una sonrisa.

—Ya lo ve usted—repuso Manuelita simplemente.

Después añadió:

—Don Fernando le espera. Ha envejecido veinte años en una noche.

En efecto, el abuelo estaba muy desmejorado. Pablo creyó comprender. El sabía que uno de los dos se quedaría en el camino y la emoción y el temor le dominaban.

Al ver a Pablo no pudo reprimir un grito de júbilo.

Lo atrajo hacia su pecho y le preguntó:

—¿Has regresado solo?

—Sí. Juan me atacó con un puñal mientras dormía y...

—¿Lo mataste?

—No sé. Ni siquiera sé si lo herí. Desapareció en seguida en el bosque.

Don Fernando, profundamente emocionado, se dejó caer en su sillón.

Después hizo sentar a Pablo a su lado y estuvo hablándole mucho tiempo de lo que deseaba de él y de Santa Margarita.



## VIII

Del brazo de Carlota dirigiase Pablo a la puerta de la valla que rodeaba el rancho.

Carlota había sabido la noticia de la desaparición de Juan la misma noche en que Pablo regresara a Santa Margarita.

Y desde entonces no le dejaba ni a sol ni a sombra. Lo mismo hizo con Juan en un tiempo y esto tenía su explicación. Entonces era Juan el futuro dueño de Santa Margarita. Ahora era Pablo el que iba a regir sus destinos como dueño de todo.

Pablo andaba aquellos días muy abstraído y también lo estaba ahora, cuando se dirigía con Carlota a la salida del rancho.

—Siempre pensando, siempre

pensando... — dijo Carlota—. ¿Acaso es lo de Juan el motivo de su preocupación?

—No. Pienso en don Fernando y en lo que espera de mí: el último de los Alvarez.

—Sé lo que espera: que sus hijos perpetúen su nombre.

—Eso mismo. Y yo le he prometido casarme.

Carlota hubiera preferido que Pablo fuera más conciso, que detallara más, que pronunciara el nombre de la elegida de su corazón. Pero Pablo fué reservado, e hizo bien. De lo contrario, Carlota habría sufrido una desilusión al saber que la que Pablo pensaba hacer su esposa no se llamaba Carlota sino Doreen.

\* \* \*

Don Fernando quiso que Pablo le acompañase en su ojeo a la hacienda, para que la conociera palmo a palmo, y al subir a caballo no pudo hacerlo con sus propias fuerzas, ayudándole Carlota a hacerlo.

Los que lo vieron hicieron este comentario:

—Es la primera vez que permite a una persona que le ayude a montar al caballo.

Al mismo tiempo que se alejaban, el grupo de vaqueros se dispersó tomando cada cual su camino y a la puerta del rancho quedó un criado. Carlota reconoció en él al confidente de otras veces, cuando se citaba con Juan en su habitación o en los alrededores del rancho.

Al trasponer la puerta el criado la detuvo y le dijo misteriosamente:

—Tengo un recado para usted, señorita Carlota.

—¿De quién?

La voz del criado se hizo más misteriosa aún.

—Del señorito Juan.

El rostro de Carlota se lamutó visiblemente.

—¿Vive?

—Silencio—recomendó el criado mirando a su alrededor—. Me parece que sería preferible que le diera el recado en otra parte.

—Sí, sí—balbuceó Carlota—. Venga usted a mi habitación dentro de cinco minutos. Allí estaré yo esperándole.

\* \* \*

A caballo, don Fernando y su nieto recorrían la demarcación de Santa Margarita. Tan extensa era, que llevaban varias horas

dando la vuelta y todavía no habían recorrido la mitad.

Se detuvieron en lo alto de una colina, en una lisa meseta que por

un lado estaba cortada a pico y desde allí contemplaron un cuadro lleno de belleza.

Al pie de la colina se extendía un prado que se perdía en el horizonte. Era como una inmensa alfombra verde.

Cerca de la colina, formando un corro irregular, estaban los vaqueros. Se veían los caballos atados a los troncos de los árboles y más allá, la enorme mancha del ganado.

Unos sentados, otros echados, los vaqueros fumaban y charlaban.

De pronto, una voz sobresalió de las demás e inició una canción que frecuentemente resonaba en los campos de Santa Margarita.

Era la canción de los vaqueros.

"Tierra de cielos azules  
y de bellas señoritas,  
tierra de bravos vaqueros  
y de Santa Margarita..."

Así comenzaba la bella canción de los vaqueros.

Como un coro bien ensayado, las gruesas voces masculinas enviaron al espacio el amplio ritmo del canto cadencioso y bravo,

canto de montañas y de sol, de campo y de naturaleza.

Embelesado, suspendido el aliento, les escuchó Pablo.

—¿Qué te parece?—preguntó el abuelo con un imperceptible temblor de emoción en los labios.

—Ahora comprendo por qué amas tanto a Santa Margarita.

—También tú la amarás. Todos los Alvarez la han amado. Vete con los vaqueros, Pablo. Quisiera verte entre ellos, aprendiendo la canción que puede llamarse de Santa Margarita.

Pablo obedeció de muy buen grado.

Al galope de su corcel, bajó la colina y llegó hasta el corro de vaqueros cuando éstos terminaban de cantar.

—¿Queréis repetir la canción para que os acompañe?

—¿Es que la sabe usted, don Pablo?

—Os la he oído cantar una vez y eso basta. Tengo un oído muy fino.

Los vaqueros comenzaron de nuevo a cantar y Pablo les acompañó sin titubeos.

La canción armoniosa tendió por el campo su manto de ritmos. La voz de Pablo, fuerte y bien timbrada prestó al canto nuevos elementos de seducción. Ahora fué la melodía mucho más conmovedora que antes, cuando menos para don Fernando, que contemplaba el cuadro desde lo alto de la colina.

Al mismo tiempo, Pablo pidió un cigarrillo de tabaco fuerte a uno de los vaqueros y fuego a otro. Después se enlazó a los hombros de sus vecinos y continuó cantando.

Don Fernando, al ver esto, experimentó tal emoción que tuvo que bajar del caballo por temor de caer.

Con una mano en el corazón y la otra asida a las riendas del animal estuvo en pie hasta que terminó el canto de los vaqueros.

Etonces levantó una mano al cielo y exclamó:

—Gracias, Dios mío.

Y como si estuviese cumplida su misión en la tierra, se desplomó sin vida.

Los males del corazón tienen estos desenlaces inesperados.



## IX

Sentado en aquel sillón que antes acostumbraba ocupar su abuelo ante la chimenea, estaba Pablo.

Iba vestido de riguroso luto.

Llamó primero a Manuelita y después dió orden de que reuniera a la gente más significativa de Santa Margarita.

Todos le rodearon respetuosamente. Todos estaban igualmente tristes por la pérdida de aquel hombre tan enérgico y que, sin embargo, de tal modo había sabido captarse las simpatías de sus servidores.

—Ha muerto don Fernando—dijo Pablo—y me ha legado Santa Margarita con la sola condición de que no me separe nunca de ella y de que me case para per-

petuar su nombre. Para mí es un gran honor aceptar comisión tan importante y grata. De modo que ya lo sabéis. Ahora ocupo el sitio de mi abuelo. Que todo siga en el rancho tal como estaba cuando lo gobernaba él. Mañana saldré de viaje y permaneceré ausente unos días, unos días nada más. Al regresar me ocuparé de algo para mí muy importante. Procuraré conquistarme vuestra adhesión y vuestro cariño así como había sabido conquistárselo mi abuelo.

Entonces dijo una voz:

—Ya le queremos, don Pablo.

Y estas palabras interpretaron el pensamiento de todos los presentes, pues la frase fué repetida por todos los labios.

\* \* \*

Al día siguiente, cuando se disponía a partir, se encontró con

Manuelita. El creyó que el encuentro era casual, pero en realidad

era que Manuelita lo había provocado.

—Ya que estás aquí, aprovecho esta ocasión para despedirme de ti—le dijo Pablo—. Tú significas para mí algo más que la demás gente del rancho. Estoy en deuda contigo y, además, has sabido ganarte mi corazón. Mi abuelo fué para ti un segundo padre. Yo pretendo ser un hermano. Durante mi ausencia busca al hombre que te guste y dáré una gran fiesta el día de tu boda.

Conforme hablaba una gran des-

ilusión se iba apoderando del alma de Manuelita. Y esta desilusión se reflejó en sus ojos, que miraban a Pablo fijamente.

—¿Por qué me miras así?—le preguntó.

—Por nada—repuso Manuelita un tanto hostilmente—. Pero le diré una cosa, don Pablo. O me caso con el hombre al que adoro o no me casaré con nadie.

Y para evitar preguntas a las que difícilmente habría podido contestar, dió media vuelta y le dejó plantado e intrigado.

\*\*\*

Era de noche. Carlota estaba en su cuarto y denotaba extraña agitación. Desde que recibiera el recado de Juan no había habido tranquilidad para ella.

Juan le había dado una cita en los alrededores del rancho. Y esto significaba para ella un problema. Ir le era muy violento. Nada la ligaba a aquel hombre ni nada quería ya que la ligase. Ahora era Pablo el dueño de Santa Marga-

rita y allí estaba el hombre que la convenía. Sin embargo, no le resultaba más peligroso aún. Desde su cuarto había visto algunas noches rondar a Juan por el rancho. Le conocía y sabía de lo que era capaz por ira o por despecho.

Determinó ir para apaciguarle.

Segura de que nadie podía verla, no vaciló en dejarse besar y en corresponder a los besos de

Juan. No vaciló en jurarle que le seguía queriendo.

—Carlota—dijo él con voz trémula—, quiero que me ayudes a recuperar lo que es mío.

—Temo que Pablo nos descubra y me elimine a mí como te ha eliminado a ti. Hay que obrar con mucha cautela.

A continuación expuso él sus planes. Carlota le escuchó y hasta se fingió interesada.

Para dar por terminada la entrevista, le dijo aprovechando una tregua entre dos besos:

—Por el hombre al que amo soy capaz de todo,

\*\*\*

Llegó Pablo a Santa Bárbara, de California.

Entró en la finca de Doreen y dijo que no la avisaran. Quería darle una sorpresa.

Supo que estaba en la terraza y hacia ella se dirigió.

Y allí se encontró con Doreen. Era una muchacha rubia, delgada, muy esbelta.

Entre sus enjovados dedos humeaba un cigarrillo egipcio y en aquel momento estaba absorta en la lectura de una revista de deportes, aunque por la parsimonia que denotaba su actitud no parecía muy aficionada a practicarlos.

—¡Doreen!—dijo Pablo.

Y ella levantó la cabeza. Sonrió al verle. Fue una sonrisa discreta, blanda, sin calor, como todo lo que de Doreen se desprendía.

Le tendió la mano.

—¡Hola, querido!

En nada debía de diferenciarse aquella sonrisa y aquel saludo del que dirigía a sus amigos o a sus amigas cuando fueran a visitarla para ir a jugar al golf o al tenis.

Acostumbrado a los enardecimientos, a los afectos impetuosos que había encontrado en Santa Margarita, Pablo quedó un tanto perplejo ante el frío recibimiento.

Sin embargo, explicó a Doreen sus propósitos, después de contarle todo lo que había acontecido en su vida desde que se separaran por última vez.

—Ni un momento he dejado de pensar en ti, y ahora que soy dueño de Santa Margarita vengo a tomar de ti lo que me prometiste: tu mano.

—¿Piensas volver a Santa Margarita?

—Naturalmente. Soy el dueño y he de dirigir su desenvolvimiento.

—Entonces me vuelvo atrás de lo dicho.

—No comprendo, Doreen.

—Que no puedo casarme contigo. No es cosa de que nos casemos y nos separemos.

—¿Por qué nos hemos de separar?

—Porque tú te marcharías a Méjico y yo me quedaría en California.

—Había pensado que viviéramos juntos en Santa Margarita. Desde que la recibí en herencia, no pensé que fuera mía sino nuestra, de los dos.

—Pensaste muy mal, Pablo. Yo no puedo abandonarlo todo por una gente extraña y un suelo extraño.

—Extraño... extraño... ¿Acaso te soy extraño yo?

—Verdaderamente he de confesarte que has cambiado mucho. Y, como consecuencia, cambian también mis sentimientos.

—Sin embargo, Doreen, tú me diste tu palabra.

—Y estoy dispuesta a cumplirla. Nunca dejé de hacer lo que prometí. Casémonos y quedémonos en California.

—Eso es imposible, Doreen. Compréndelo. Santa Margarita es algo muy mío, algo que está unido a mi vida y a mi nombre.

—Lo comprendo. Por eso lo mejor es que nos separemos para siempre. Vete, Pablo. Siempre conservaré un buen recuerdo de ti.

Pablo respiró como si se acabara de quitar un gran peso de encima.

—Yo también guardaré siempre un buen recuerdo de ti.

—Ya ves cuánto vale la fran-



queza. Ibanos nada menos que a cometer el error de contraer un compromiso matrimonial, sólo por cumplir con la palabra dada.

—Ea verdad, A eso venía, Do-

reen; a cumplir una palabra.

—Felicitémonos de habernos dado cuenta a tiempo.

Se estrecharon la mano y Pablo buscó ansiosamente la salida.

\*\*\*

Al verse lejos de la casa y cerca de Santa Margarita, sintió una agradable sensación de libertad. Pero este estado de ánimo desapareció en seguida. Se dió cuenta de que también en Santa Margarita tenía que cumplir una abrumadora misión. Su abuelo le había pedido que perpetuase su nombre. Le daba libertad para elegir esposa, pero le insinuaba que, de no existir otro compromiso anterior, se casara con Carlota para protegerla contra su orfandad, con lo que haría dos buenas obras al mismo tiempo.

El único compromiso anterior que existía era Doreen, pero desaparecido este compromiso, su deber era acatar la última voluntad de su abuelo. Por otra parte el deber no debía parecerle enojoso. Carlota era una muchacha que re-

unía casi todas las cualidades capaces de hacer feliz a un hombre. Belleza, inteligencia, distinción. No había tenido tiempo de formar juicio sobre otras cualidades más bonitas, pero tenía la seguridad de que su abuelo la conocía bien y no había que pensar en que se la hubiera recomendado de no haberle parecido digna de él. El no amaba a Carlota, pero tiempo tenía de llegar a amarla.

Estas reflexiones llenaban el pensamiento de Pablo cuando entraba en Santa Margarita, pero era lo cierto que, por muchos esfuerzos que hacía para darse a sí mismo ánimos, la obligación de casarse con Carlota, es decir, con una mujer a la que no amaba, le parecía empresa superior a su buena voluntad.

X

Sin embargo, su voluntad era mucha, y mucha su energía y su sentido del deber, y lo primero que hizo al hallarse en sus habitaciones fué llamar a su viejo ayuda de cámara para ordenarle dijera a Carlota que deseaba verla.

El viejo criado, que era el único que estaba en los secretos de don Pablo y que sabía se había ido al extranjero para traerse de allí la que había de ser ama de Santa Margarita, se había alegrado mucho al verle volver solo y antes de lo que esperaban.

Por eso ahora apareció con un fardo de ropas en la mano. Eran las ropas que Pablo se había comprado en Norteamérica para presentarse ante Doreen.

—¿A dónde vas con esas ropas, Vicente?

—A preguntarle a usted qué debo hacer con ellas.

Pablo sonrió por primera vez desde que muriera su abuelo.

—Quémalas, Vicente—contestó.

Y ya se disponía Vicente a marcharse muy contento cuando Pablo le advirtió:

—De paso llama a la señorita Carlota. Dile que desearía hablar con ella.

Cuando entró Carlota hizo un esfuerzo para sonreír, pero no lo consiguió. Fué una caricatura de sonrisa lo que brotó de sus labios.

Ella se mostró muy feliz de volver a verle.

—¡Cuánto me alegro de que haya regresado! Esta casa me parece otra estando en ella usted.

—Me alegro de que sea así, Carlota. Tengo que decirle algo

que se relaciona con nuestra simpatía y con nuestra mutua comprensión.

Trémula de esperanza, Carlota ocupó el asiento que Pablo le ofrecía.

Este demostraba una indecisión impropia de él.

Por fin, tomando una súbita resolución, dijo:

—Será mejor que le hable sin rodeos, Carlota, don Fernando deseó que fuera usted dueña de Santa Margarita. Es decir, que yo compartiera Santa Margarita con usted. Tengo por lo tanto el honor de pedirle que sea mi esposa.

Si Carlota se hubiera dejado llevar de sus impulsos habría lanzado un grito triunfal, pero como sabía anteponer las conveniencias a los sentimientos, simuló una sonrisa de amargura.

—Es una petición de mano muy triste. Ni siquiera ha pronunciado la palabra amor.

—He aprendido a amar a Santa Margarita y amo también a todo cuanto hay en ella—repuso Pablo compaginando la galantería con la franqueza.

—Viniedo de otro hombre eso me parecería insuficiente, pero viniendo de ti me basta.

Se levantó y se cogió del brazo de él.

—Me voy a dormir ya. ¿Quieres acompañarme hasta mi cuarto?

Para otro cualquiera aquellas palabras habrían encerrado una insinuación, pero en el alma franca y noble de Pablo no cabían semejantes perversidades.

La acompañó hasta la puerta del dormitorio. Allí hizo un esfuerzo para mostrarse cariñoso y le cogió ambas manos.

—Buenas noches, Carlota.

Pero ella le miró de aquel modo perturbador que le era peculiar.

—No, Pablo, eso no es bastante.

Y acercó los labios a los de Pablo.

El notó junto al suyo el pecho de ella y en su boca el aliento fresco y perfumado de la prometida.

Sin embargo, no se conmovió lo más mínimo, y sólo por caballerosidad dió el beso que se le pedía.

Fué un beso seco y breve, sin emoción.

En seguida, repitiendo Pablo las buenas noches, se dirigió a la escalera para subir a su dormitorio.

Carlota permaneció a la puerta del cuarto viéndole marchar y ya iba a abrir la puerta para entrar en el dormitorio cuando vió que tras las hojas encristaladas de la puerta del jardín aparecía una forma humana.

Abogó un grito de terror al reconocer a Juan y entró precipitadamente en el cuarto.

Una vez allí, mil ideas affuyeron a su mente en infernal algarrabia.

Ahora sí que ya no era posible seguir mintiendo a Juan. Más tarde o más temprano se enteraría. Estaba ya comprometida con Pablo y era sumamente peligroso repetir las entrevistas con Juan. Y

Juan no se conformaría en modo alguno a este estado de cosas. Si no se conformaba a perder la herencia de don Fernando, mucho menos se conformaría ahora que le quitaban, además de la herencia, la mujer. La codicia y el despecho se sumaban en aquella alma peligrosa y Dios sabe lo que ocurriría.

Sus propósitos de matar a Pablo eran evidentes. Además, recordaba haberle oído jurar que recurriría a todo, incluso al crimen, si Pablo trataba de arrebatarle lo que él ya consideraba suyo.

Y allí estaba Juan, rondando de cerca la casa. No había tiempo que perder. Era preciso formar un plan de defensa en seguida. A lo mejor, ya estaba Juan estudiando el modo de llegar hasta el dormitorio de Pablo.



## XI

Resolvió ir a avisar a Pablo. Era preciso defender al que había de hacerla dueña de Santa Margarita. Además, defendiendo a Pablo, se defendía a sí misma.

Asomó la cabeza con sumo cuidado por la puerta de su dormitorio y al ver que ya no estaba Juan donde antes se hallaba, se atrevió a cruzar el pasillo.

Subió velozmente las escaleras y llamó a la puerta del dormitorio de Pablo, primero con suavidad, después con apremiante insistencia.

Pablo, extrañado, abrió la puerta y aun más extrañado quedó al ver que Carlota le echaba los brazos al cuello y le decía con voz anhelante:

—Pablo mío, temo por ti. Juan ronda la casa. Te quiere matar.

—¿Juan?

—Juan, sí. No murió, no le mataste. Para no causarte inquietud no quise decirte nada cuando lo vi por primera vez, desde mi cuarto, merodeando en Santa Margarita; pero las cosas han llegado a un punto que me obliga a avisarte. Te quiere matar, Pablo. Estoy segura de que trata de hacerlo esta noche. Es muy malo, es muy peligroso.

—Bueno, mujer, bueno. Tranquilízate. Para que él me mate será preciso que me deje matar yo.

—Es muy traidor, Pablo. Todas tus precauciones serán pocas.

Pablo puso la mano sobre el hombro de Carlota.

—Una noche—dijo—traté de matarme y no lo logré. Las circunstancias le eran entonces mucho más favorables que ahora. Y

si entonces no consiguió llevar a cabo sus propósitos. ¿qué será ahora, cuando tanto servidor y amigo me rodea? Te repito que puedes estar tranquila. Vete a tu cuarto y descansa. Yo me dedicaré

a esperarlo. Todo se reducirá a perder unas horas de sueño.

Y condujo a Carlota hasta la puerta del cuarto y no la cerró hasta que oyó que ella cerraba la del suyo.

\*\*\*

Juan, al notar que Carlota se impresionaba al verle y se ocultaba con precipitación en su cuarto, resolvió ocultarse también él.

Carlota no había cumplido sus promesas de ayudarlo y esto le hizo sospechar lo que en realidad ocurría. Aquella noche rondaba Santa Margarita con dos propósitos, uno firme y el otro pendiente de comprobación: el primero era el de matar a Pablo sin esperar la ayuda de Carlota; el segundo, el de dar a Carlota su merecido si conseguía ratificarse en sus sospechas.

Oculto en la sombra del jardín, tuvo paciencia para esperar hasta que vio salir a Carlota y al advertir la cautela con que lo hizo y la dirección que tomaba, adquirió casi el convencimiento de que se dirigía al cuarto de Pablo para de-

lutarle su presencia en el jardín.

Dio un rodeo a la casa y se situó en un punto desde donde se veía perfectamente la ventana del cuarto de Pablo. Como estaba abierta, pudo ser testigo de toda la escena que se desarrolló a raíz de la entrada de Carlota. Vió como ella se arrojaba en sus brazos, y esto fué suficiente para que él adquiriera conocimiento de su traición. Ella amaba al dueño de Santa Margarita, y como ahora el dueño era Pablo, era natural el cambio de su corazón.

Advirtió después el ansia con que Carlota le hablaba y, aunque no la oía, podría repetir casi exactamente las palabras que pronunció.

Esto le bastó para tomar la determinación de resolver primero el asunto de Carlota.

\* \* \*

Estaba ante el espejo del tocador, cuando oyó en el balcón un ruido que la hizo volverse en el acto.

Allí, a su mismo lado, estaba ya Juan, mirándola, mirándola.

Había en sus labios una sonrisa por la que ella no se dejó engañar. Conocía el alcance de las sonrisas de Juan.

—¡Qué susto me has dado!

—No me esperabas, ¿verdad?

—Estaba arreglándome para salir a verte.

—Yo no he tenido paciencia para seguir esperando.

—Eres un imprudente, Juan. No quiero pensar en lo que sucedería si se enterasen de que nos seguimos amando.

—Eso es lo principal; que nos seguimos amando.

—Como nunca, Juan. Cada día, cada hora, cada minuto, aumenta mi locura de amor por ti.

—¡Carlota mía!

Juan la rodeó con los brazos y ella se dejó abrazar. Le buscó los labios y ella buscó los suyos.

Pero, mientras, Carlota se había llevado las manos a la espalda y abrió poco a poco el cajoncillo del tocador. Allí estaba su revólver, aquella preciosa chuchería con que tantas veces había ejercitado su puntería en el campo.

Lo empuñó, lo fué sacando al mismo tiempo que entreabría la boca para que Juan se cebara más en el largo beso. Y ya iba a apretar el gatillo cuando algo frío y punzante penetró en su corazón.

Lanzó un gemido y perdió la noción de las cosas.

Al caer quedó boca abajo y en su espalda se vió una gran mancha de sangre.

Juan, sonriendo ferozmente, enfundó de nuevo su cuchillo de monte.

## XII

Asomó la cabeza por la puerta y al ver que en el pasillo no había nadie, salió tranquilamente de la habitación para dirigirse al cuarto de Pablo y consumir su obra.

Apareció en el pasillo Manuelita con algunas ropas colgadas en el brazo.

Manuelita andaba aquellos días cavilosa y triste, por motivos que sólo ella conocía y que tenían una íntima relación con los planes matrimoniales de Pablo.

Sabía que al regresar lo primero que hizo fué llamar a Carlota para hablarla de algo que sin duda era muy importante y que ella estaba casi segura de saber lo que era.

Sin embargo, nada tan lejos de su ánimo como interponerse entre Pablo y ella aunque su corazón se rebelaba ante la idea de que el hombre al que amaba con toda la

fuerza de su corazón se casara con una mujer de la clase de Carlota.

Sabía las vilezas y los impuros impulsos que ensombrecían el alma de su rival y no podía olvidar que la había sorprendido fundida con Juan en un abrazo que era símbolo de vergonzosas especulaciones.

Pero ni una palabra saldría de sus labios. No quería un amor obtenido con subterfugios. Si Pablo la había de amar que la amara por encima de todo y de todos.

La prueba de que no pensaba hacer a Carlota mal ninguno era que ahora le llevaba la ropa en que ella misma había hecho determinados arreglos.

Al oír Juan que se acercaba a la puerta se escondió detrás, de modo que cuando Manuelita la abrió, él quedó oculto.

Lo primero que vieron los ojos



de Manuelita fué el cuerpo caído de Carlota junto al tocador y creyendo que se trataba de un simple desvanecimiento, se apresuró a socorrerla para lo cual dejó la ropa sobre una silla y corrió hacia el cuerpo exánime.

Al ver la mancha roja que se destacaba de su espalda lanzó un grito de terror y de angustia y volvió hacia la puerta para pedir auxilio.

Pero no pudo trasponer el umbral. De pronto la puerta se cerró y apareció Juan tras ella. Tenía un revólver en la mano y le apuntaba al mismo tiempo que sonreía con un gesto feroz, de delirio.

—Mucho ojo con gritar, que me da lo mismo una que dos. Además, también contigo tengo algunas cuentas pendientes.

Manuelita, muda de terror, había retrocedido hasta la pared y pegada a ella permaneció en espera de que acudiera a su mente una idea salvadora.

De súbito se abrió una puerta en el piso de arriba y los inconfundibles pasos de Pablo se dejaron oír en la escalera.

Todo lo comprendió en el acto Manuelita. Pablo había oído su grito y acudía para averiguar qué pasaba.

También comprendió—y eso era lo más inquietante—que al entrar allí significaba para él una muerte segura. Ya se había situado Juan de modo que Pablo no le viera hasta que estuviera en posición de disparar a bocajarro sobre él.

Un segundo grito—éste mucho más agudo y angustioso—salió de los labios de Manuelita. Fué una voz de alerta casi instintiva. Más que ella había gritado su amor.

—¡No entres, Pablo!

Inmediatamente se dió cuenta de que con aquel grito no lograría su propósito de que Pablo no entrara en la habitación, sino que, por el contrario, aumentaría su curiosidad y con ella su deseo de entrar.

Pero Manuelita no podía permanecer cruzada de brazos ante la amenaza que se cernía sobre la vida del hombre amado y tomó una determinación heroica.

Se arrojó sobre Juan y le asió la mano con que sujetaba el revólver.

## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—¡Suelta o disparo!—la amenazó Juan.

Pero ella, en vez de soltar, apretaba cada vez más aquella muñeca y seguía diciendo a voz en grito:

—¡No entres, Pablo, no entres!

Juan empleó toda su fuerza para desprenderse, pero las manos de Manuelita parecían férreas tenazas. Jamás pudo sospechar que tuviera tanta fuerza. Se entabló una lucha desesperada en la que ambos cuerpos fueron de un lado a otro de la habitación y entonces apareció Pablo en el umbral.

Juan se vio perdido. Si no se desprendía de Manuelita, su ventaja para luchar con Pablo era tan grande que podía considerarse vencido de antemano. Por eso recurrió también a medios extremos.

Disparó el revólver y Manuelita lanzó un grito de dolor.

Soltó la muñeca de Juan para llevarse las manos a la herida, y el criminal aprovechó este momento para disparar contra Pablo.

Entre los dos se cruzaron algunos tiros sin consecuencias. A Juan el ruido le hacía temblar el pulso. Pablo estaba más ocupado en atender a Manuelita que en defenderse del enemigo.

Vio Juan la puerta libre y no perdió tiempo en darse a la fuga. Pero Pablo había comprobado ya que la herida de Manuelita no era mortal y salió en persecución del fugitivo.

Le dio alcance en la escalera y allí se cruzaron los últimos disparos. Esta vez no erró la puntería la mano segura de Pablo, y Juan cayó para no levantarse más.

## XIII

Ahora fué Pablo el que permaneció un día y otro día al lado del lecho de la convaleciente. Incluso de la capital había traído Pablo médicos para que curasen a aquella criatura a la que debía la vida por haberla defendido exponiéndose a perder la suya.

Aunque la herida no parecía grave por el sitio en que estaba, hubo gran complicación en la busca de la bala perdida y el mal tuvo alarmantes derivaciones.

La servidumbre estaba un tanto asombrada ante el proceder del dueño de Santa Margarita. Realmente, Manuelita había hecho méritos para conquistarse la gratitud del amo, primero cuando le asistió al llegar a Santa Margarita y después al sujetar la mano homicida de Juan; pero no parecía propio

del dueño del mejor rancho de la comarca, del hombre más fuerte, más sereno y más poderoso del contorno, el pasarse los días de sol a sol en el cuarto de la enferma, descuidando el gobierno de Santa Margarita y no acordándose ni siquiera de comer.

En las escasas veces que salió del cuarto de Manuelita, se le vio abstraído y preocupado hasta el punto de que era inútil preguntarle nada. Nada parecía interesarle. Sólo cuando se hablaba del estado de Manuelita parecía salir de un profundo abismo y tomaba parte en la conversación y hablaba de ella y de su mal con un tono que cualquiera habría dicho que Manuelita era su hermana o su esposa.

Criticarle no le criticaban. La

preocupación, el pesar de Pablo eran tan sinceros que conmovían como conmueve todo dolor verdadero y profundo.

Debido a este respeto hacia los sentimientos del amo, la vida y el trabajo en el rancho siguieron su marcha normal, sin que nadie pensara en aprovechar aquella circunstancia para holgar. Por el contrario, el empeño de que el amo lo encontrara todo en su punto cuando volviera a ocuparse del gobierno de Santa Margarita fué unánime.

Mucho se murmuró sobre la tragedia que costó la vida a Carlota y estuvo a punto de hacer también víctimas suyas a Manuelita y a don Pablo. Todos convenían en que Juan estaba muy bien pudiéndose en la tierra y lamentaban que don Pablo no lo hubiera enviado al otro mundo antes de que pudiera herir a Manuelita.

Detalle curioso. En estos casos nadie se acordaba de Carlota, a nadie se le ocurría decir "antes de que hubiera matado a la señorita Carlota", así como decían "antes de que hubiera herido a Manuelita". Y era que por el rancho se

habían corrido las voces de su proceder vergonzoso. Alguien la había visto reunirse en los confines del bosque con Juan, cuando la noche les ofrecía la complicidad de su sombra. Cuando se corrieron las voces de que don Pablo, al volver de California, se había comprometido con ella, no hubo uno sólo que dejara de pensar en el modo de desenmascararla por bien de don Pablo, que merecía una mujer muy distinta a aquella.

En cuanto a Manuelita, diariamente iban los más viejos en comisión a visitarla y expresaban a don Pablo el deseo de todos de que saliera con bien de su mal.

Por fin, llegó el bendito día en que el médico declaró que la enferma estaba fuera de peligro y ese día fué memorable en el rancho. Los vaqueros cantaron con más entusiasmo que nunca, y cantaron también las mujeres y todo en Santa Margarita pareció cantar un himno alegre y triunfal.

Pero donde con más firmeza se reflejaba la alegría era en el rostro de Pablo. Aquel día permaneció al lado del lecho con más em-



peño y persistencia que en los anteriores. Para él era una gloria inefable el poder hablar con la Manuelita dicharachera y vivaz de siempre, con una Manuelita alegre y animosa que le veía y le reconocía.

En cuanto a ella, al tener por primera vez clara conciencia de las cosas y ver al lado de su lecho a Pablo, y saber que no se había separado de allí un solo momento durante su enfermedad, experimentó un placer tan hondo, una plenitud tan hermosa, un deseo de vivir tan fuerte, que en unas horas mejoró tanto como había mejorado en muchos días de cuidados y desvelos.

Y llegó el día verdaderamente glorioso.

Ya se había levantado Manuelita y estaba junto a la ventana cantando aquella canción que Pablo no podría olvidar nunca, cuando entró él.

Al oír la bella canción, se detuvo en el umbral. Después fue acercándose paso a paso y se detuvo ante ella.

Manuelita siguió cantando, cantando y él vio entonces de cerca, muy de cerca la transfiguración que había experimentado aquel rostro angelical.

Se habían vuelto a colorear las mejillas y los labios habían recordado su tonalidad roja de flor abierta y humedecida por el rocío. Y ahora, al cantar, todo ello se embellecía de modo indefinible. Los ojos se hacían más profundos y brillantes, los dientes centelleaban como perlas, la frente y la garganta, al echar la cabeza hacia atrás, parecían más blancas y suaves.

Pablo se sentó al lado de ella, en el canapé, y le sujetó las manos.

—No cantes más. Escucha. Quiero hacerte una pregunta de la que depende mi vida. Te he amado siempre, siempre... estoy seguro. Y era preciso que te amara porque no hay en todo el mundo otra mujer como tú, porque yo no encontré jamás ninguna que se pareciera a ti y estoy seguro de que no la encontraría en lo futuro aunque me pasara la vida buscando.

do: Ha sido preciso que estuviera a punto de perderse para que me diera cuenta de que te amo. Y he aquí la pregunta. ¿Quieres admitir este amor? ¿Quieres ser mi esposa?

Ella había dejado de cantar, trémula de esperanza ante lo que expresaban los ojos y el proceder de Pablo. Después, conforme él iba hablando, las rosas de las mejillas y de los labios habían ido haciéndose más vivas, más rojas. Cuan-

do Pablo formuló la pregunta, apenas pudo contener las lágrimas.

—Pablo—balbuceó—. ¡Qué feliz me haces! Yo también te he querido siempre, siempre, pero tú estabas ciego.

Y por primera vez en su vida, supo Manolita de la dulzura de un beso de amor.

Y por primera vez en su vida dio Pablo un beso no sólo con los labios sino también con el alma.

FIN

# COLECCIONE LISTED

los lujosos libros de las ediciones especiales de

## La Novela Semanal Cinematográfica

### LIBROS PUBLICADOS:

La Viuda Alegre. El Gran Desfile. — Miguel Strogoff o El Correo del Zar. — La princesa que supo amar. El coche número 13. — Sin familia. — Mare Nostrum. Nantiás, el hombre que se vendió. — Cobra. — El fin de Montecarlo. — Vida bohemia. — Zazá. — ¡Adiós, juventud! — El judío errante. — La mujer desnuda. — Casanova. — Hotel Imperial. — La tía Ramona. — Don Juan, el burlador de Sevilla. — Noche Nupcial. — El Séptimo Cielo. — Beau Geste. — Los Vencedores del Fuego. — La Mariposa de Oro. — Ben-Hur. — El Demonio y la Carne. — La Castellana del Líbano. — La Tierra de todos. — Trípoli. — El Rey de Reyes. — La ciudad castigada. — Sangre y Arena. — Águilas triunfantes. — El Sargento Malacara. — El Capitán Sorrell. — El jardín del Edén. — La Princesa mártir. — Ramona. — Dos Amantes. — El Príncipe estudiante. — Ana Karenina. — El destino de la carne. — La mujer divina. — Alas. — Cuatro hijos. — El carnaval de Venecia. — El ángel de la calle. — La última cita. — El enemigo. — Amantes. — Moulin Rouge. — La Ballarina de la Opera. — Ben-Ali. — Los Cuatro Diablos. — ¡Ríe, payaso, ríe! — Volga, Volga. — La Sinfonía Patética. — Un cierto muchacho. — ¡Nostalgia!... — La ruta de Singapur. — La Actriz. — Mister Wu. — Renacer. — El despertar. — Las tres pasiones. — La melodía del amor. — Cristina la Holandesa. — ¡Viva Madrid, que es mi pueblo! — Sombras blancas. — La copla andaluza. — Los cosacos. — Icaros. — El conde de Montecristo. — La mujer ligera. — Virgenes modernas. — El Pagano de Tahití. — Estrellas dichosas. — Esto es el cielo. — La senda del 98. — Evangelina. — Orquídeas salvajes. — El caballero. — Egoísmo. — La Máscara del Diablo y El pan nuestro de cada día.

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, la cual será considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.



Las superproducciones extraordinarias

# TENTACIÓN

por **Greta Garbo** y **Nils Asther**

y

# POSESIÓN

por la inolvidable e inimitable **Francesca Bertini**

¡Última producción de esta eximia heroína del cine!

**¡Siempre lo mejor!**





EN BREVE APARECERÁ

## **La vida, el deseo y la víctima**

Novela por

**Alfonso Vidal y Planas**

---

Ayer salió el llamante compañero  
de la no menos atractiva **EVA**,  
o sea

## **La Novela Adán**

Publicación semanal de asuntos  
optimistas

Sugestivas portadas - Buen humor

Precio: **30 cts.**

Número 1: ¡Yo quiero un novio!

¡Si simpatizas con EVA, lector,  
no dejes desamparado a ADÁN!

EN BREVE

## **La Novela Cinematográfica del Hogar**

digna compañera de **La Novela  
Semanal Cinematográfica**

Excelentes asuntos

Sana literatura

48 páginas de ameno texto 48

7 ilustraciones fotográficas

**POSTAL REGALO BICOLOR**



¡Atención! Fíjese bien en esto:

**POSTAL REGALO BICOLOR**

Precio popular: **30 cts.**

**SE ADMITEN SUSCRIPCIONES**

**EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA**

Sociedad General Española de Librería,  
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.  
Barcelona: Barbadá, 16. — Madrid: Ferraz, 21.



EB

Precio: Una peseta